WALTER LESLIE WILMSHURST

La Iniciación Masónica

Traducción de
Alberto Moreno Moreno

masonica.es
EDICIONES DEL
ARTE REAL

La Iniciación Masónica

WALTER LESLIE WILMSHURST

La Iniciación Masónica

El vuelo de Dédalo e Ícaro
Jacob Peter Gowy (1615 – 1661)

masonica.es
EDICIONES DEL
ARTE REAL

La Iniciación Masónica

WALTER LESLIE WILMSHURST

Publicado en 1924

Título original:
The Masonic Initiation

Traducción:
Alberto Moreno Moreno

SERIE AZUL
[TEXTOS HISTÓRICOS Y CLÁSICOS]

masonica.es
EDICIONES DEL
ARTE REAL

PUEDE PEDIR ESTA OBRA EN:
www.masonica.es

O SOLICITARLA DIRECTAMENTE A
pedidos@masonica.es

Ningún título de ***masonica.es***
está descatalogado y todos ellos
se encuentran disponibles tanto en
formato papel como electrónico.

La Iniciación Masónica

Título original: *The Meaning of Masonry*
Autor: Walter Leslie WILMSHURST

editorial masonica.es®
SERIE AZUL (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

© EntreAcacias, S. L. (de la edición)
© Alberto Moreno Moreno (de la traducción)

EntreAcacias, S. L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo Asturias (España)
Teléfono/fax: (+34) 985 79 28 92
Correo electrónico: info@masonica.es

1ª edición: noviembre, 2011

ISBN (edición impresa): 978-84-92984-68-8
ISBN (edición digital): 978-84-92984-69-5

Edición digital

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Cette traduction est dédiée

à Candela, ma chère filleule.

ALBERTO MORENO MORENO

Walter Leslie Wilmshurst
(1867–1939)

Índice

Introducción: Masonería y Religión 9

I. De la oscuridad a la luz 23

Iniciación real e iniciación ceremonial 25
El propósito de los Misterios 30
La Logia ideal 44

II. Luz en el Camino 53

Conócete a ti mismo 57
La letra «G» 63
La escalera de Jacob 69
La superestructura 79
La soga 87
El mandil 97
El viento 101
Buscando un maestro 105
El salario 113
La ley de la montaña 117
Del trabajo al descanso 126
La Gran Logia Celestial 133

III. La plenitud de la luz: observaciones y ejemplos 139

El Apocalipsis: una alegoría de la Iniciación 154

IV. Pasado y futuro de la Orden Masónica 194
El pasado 194
El futuro 209

Epílogo 230

Introducción

MASONERÍA Y RELIGIÓN

Este libro pretende ser una secuela y ampliación del volumen previo *El Significado de la Masonería*, publicado en 1922 y constituido por una serie de textos escritos con la esperanza de que pudiesen despertar el interés de los miembros de la Orden respecto a sus aspectos más profundos y filosóficos. Este libro encontró una acogida sorprendentemente cálida en todas partes del globo, y está siendo reimpreso por tercera vez. Cualquier satisfacción personal por su aceptación queda eclipsada por la gratitud y el placer, aún mayor, ante el hecho de que la Fraternidad esté experimentando un amplio y rápido crecimiento, que se está viendo acompañado del correspondiente deseo de comprender el significado y propósito del sistema masónico de una forma mucho más profunda de lo que ha sido el caso hasta ahora. La Orden Masónica parece estar regenerándose a sí misma de forma gradual y, tal y como indiqué, esa regeneración no debe suponer una mejora únicamente para el beneficio moral e ilustración de los masones individuales y sus logias, sino que en última instancia debe ejercer un efecto favorable sobre el marco en el que ellos existen, que es la Fraternidad Masónica en su conjunto. En estas circunstancias se hace posible hablar con mayor extensión, y quizá también de forma más sentida, sobre una materia que, tal y como un gran número de testimonios públicos y privados me

han revelado, está siendo objeto de un interés cada vez mayor por parte de un gran número de hermanos de la Orden. Por ello les ofrezco estos escritos añadidos, contemplando el mismo objeto de estudio que antes, pero bajo una forma distinta y desarrollando más extensamente cuestiones que antes fueron tratadas de forma superficial.

Al hablar de Iniciación Masónica no me refiero únicamente, desde luego, a la ceremonia y ritual de entrada a la Orden, sino a la Francmasonería Especulativa contemplada como sistema, dentro de los límites de los Grados Simbólicos y el Santo Arco Real; un método especializado de guía intelectual e instrucción espiritual; un método que ofrece a sus devotos, de forma simultánea, una interpretación de la existencia, una regla de vida, y un medio de gracia, de alcanzar y adentrarse en una vida y Luz de orden sobrenatural. Siendo la Masonería esencial y expresamente una búsqueda de la Luz, estos escritos están ordenados sistemáticamente conforme a los pasos de esa búsqueda. Tratan en primer lugar de la transición de la oscuridad a la luz, a continuación sobre el sendero mismo y la luz que debe encontrarse en él, y finalmente versa sobre la plenitud de lo conseguido como resultado de seguir ese sendero fervorosamente hasta su conclusión. En una plancha final he revisado el pasado de la Orden y analizado sus tendencias presentes y posibilidades futuras.

En su celo por apreciar y obtener el mayor provecho de su pertenencia a la Orden, algunos miembros encuentran difícil de definir y ubicar la Francmasonería. ¿Es una religión, una filosofía, un sistema de moral, o qué es? A la vista del creciente interés en este aspecto, resulta conveniente aclarar de entrada este punto. La Masonería no es una religión, aunque contiene elementos de marcado carácter religioso y muchas referencias religiosas. Un hermano puede afirmar legítimamente, si

lo desea (y muchos lo dicen), «la Masonería es mi religión», pero no está legitimado para catalogar y tildar la Masonería ante otras personas como religión. Basta asomarse a nuestra Constitución para contemplar con nitidez que nuestro sistema está creado para existir al margen e independientemente de la Religión; que todo lo que la Orden pide a sus miembros es una creencia en la Deidad y que se ajuste a la Ley Moral, siendo cada hermano libre de profesar cualquier forma de religión o culto que le plazca.

Tampoco es la Masonería una Filosofía, aunque tras ella se encuentre un gran trasfondo filosófico que no aparece en su superficie (rituales y doctrina), sino que es dejado para que los hermanos lo descubran por medio de la investigación y el esfuerzo. Ese trasfondo filosófico es una Gnosis o Enseñanza de Sabiduría tan antigua como el mundo, y ha sido compartida tanto por los védicos orientales, como por egipcios, caldeos, por los sistemas órficos de iniciación, las escuelas platónica y pitagórica, y por todos los templos mistéricos del pasado y del presente, ya sean cristianos o de otra fe. El actual renacimiento de la Orden Masónica parece causar un marcado, si bien gradual, aumento de interés en esta filosofía, lo que probablemente redundará en una restauración general de los Misterios, ausentes a lo largo de los últimos dieciséis siglos. Abordaremos este aspecto con mayor extensión en la última sección del libro.

La descripción oficial de la Masonería la describe como un *Sistema de Moralidad*. Esto es cierto en dos sentidos, aun cuando únicamente se piensa en uno. La expresión se interpreta habitualmente como un planteamiento ético. Pero los hombres no necesitan entrar en una organización secreta para aprender moral o estudiar ética, ni es precisa una organización de elaborado ceremonial para enseñarlas. La ética elemental puede ser, y de hecho es, aprendida en el mundo profano, y es

ahí donde debe ser aprendida para llegar a ser un miembro decente de la sociedad. La posesión de estrictos principios morales, como todo masón sabe, es un requisito preliminar para ingresar en la Orden; nadie entra en ella para adquirirlos tras su iniciación. Es cierto que la Orden insiste con énfasis en la práctica celosa de ciertas virtudes éticas como requisito indispensable para aquellos que pretenden adentrarse en la ciencia del espíritu, y esta es la primera acepción y el sentido más obvio en que se emplea la expresión *sistema de moralidad*.

Pero la palabra *Moralidad*, en su significado original, y también en su connotación masónica, tiene otro sentido, el que tiene cuando hablamos de *auto moral*. Un *auto moral* o *moralidad* es un medio literario o dramático[1] de expresar la verdad espiritual, mostrándola de forma alegórica y conforme a ciertos principios y costumbres debidamente establecidos, *mores*, equivalentes a uso o ritual, de la misma manera que los eclesiásticos hablan de *El Uso* (o Liturgia) *de Sarum*[2]. En el mismo sentido las *Moralia* de Plutarco constituyen una amplia serie de disquisiciones sobre los usos de las antiguas escuelas mistéricas.

Por lo tanto, un *sistema de moralidad* significa de forma secundaria *un método sistemático y dramatizado de disciplina moral e instrucción filosófica, basado en*

---

[1] En el teatro medieval europeo surge como forma teatral el Auto, que se subdivide en tres géneros: Milagros, Misterios y Moralidades. Los Milagros se referían a los realizados por la Virgen o algún santo. Los Misterios eran escenificaciones de la vida de Cristo y se agrupaban en torno a dos ciclos: la Navidad y la Pasión – Resurrección. Las Moralidades tenían carácter alegórico (los personajes representaban la Virtud, el Vicio, la Muerte, la Fe, la Esperanza...) y ofrecían una enseñanza moral.

[2] Nombre latino de Salisbury.

antiguos usos y prácticas establecidas durante largo tiempo. El método en cuestión es el de la Iniciación. El uso y la práctica son la alegoría y el símbolo, y constituye el deber del francmasón trabajar en su interpretación si desea comprender el sistema e interiorizarlo en su universo personal. Si fracasa en esta tarea, el masón permanecerá —y el sistema provoca esto deliberadamente— en la Oscuridad, ignorante del verdadero contenido y secretos de la Orden, aunque sea formalmente miembro de ella. La Orden, es decir, el sistema de moralidad, garantiza únicamente su propia posesión de la Verdad. No pretende enseñarla, salvo a aquellos que se esfuerzan por conocerla. Pues la Verdad y sus auténticos arcanos nunca pueden ser comunicados directamente, sino a través de alegoría y símbolo, mito y sacramento. La carga de la interpretación debe correr siempre de parte del recipiendario, y será parte del trabajo que lleve a cabo en su vida. Hasta que él mismo se haga uno con la verdad, no sabrá en qué consiste esta. Debe cumplir la Voluntad antes de conocer la doctrina. «Ignoro por qué sucede así» —dijo San Bernardo de Claraval referente a la alegoría y al símbolo— «pero cuanto más veladas resultan las realidades espirituales, más atractivas y deliciosas resultan, y nada estimula más el deseo de ellas que ese tierno disimulo».

Así pues, la Masonería, como sistema de moralidad, no es ni una religión ni una filosofía, sino simultáneamente una ciencia y un arte, una teoría y una práctica. Y esta fue la manera en que siempre procedieron las Escuelas de la Antigua Sabiduría y Mistéricas: primero mostraban al aspirante a discípulo una imagen del Proceso de la Vida; le enseñaban la historia de la génesis del alma y el descenso a este mundo; le descubrían su estado actual, imperfecto, restringido y desafortunado; y finalmente le indicaban que había un método por medio del cual podía ser perfeccionado y recuperar su

condición original. Esta era la mitad científica de sus sistemas, un avance del programa teórico ofrecido a los discípulos para que tuviesen una adecuada comprensión del propósito de los Misterios y de lo que implicaba la admisión en ellos. A continuación seguía la otra mitad, el trabajo práctico que el discípulo debía llevar a cabo sobre sí mismo, purificándose, controlando su naturaleza sensual, corrigiendo sus tendencias naturalmente indisciplinadas y sometiendo su mente, sus procesos mentales y su voluntad por medio de una rigurosa regla de vida y forma de vivir. Una vez que mostraba aptitud tanto en la teoría como en la práctica y podía soportar ciertas pruebas, solo entonces y no antes se le concedía el privilegio de la Iniciación, un proceso secreto, conferido por Maestros ya iniciados y expertos, cuyas características nunca se comentaban salvo en el mismo proceso. Tal era, en pocas palabras, la pretérita ciencia de los Misterios, ya fuese en Egipto, Grecia, o cualquier otra parte, y es esa ciencia la que, de forma muy resumida y diluida, es perpetuada y reproducida en la moderna Masonería.

La intención de este libro, así como del anterior —*El Significado de la Masonería*— es subrayar y demostrar este hecho en la esperanza de que, una vez sea comprendida la verdadera intención de la Orden, esta pueda comenzar a cumplir su destino original y se convierta en un instrumento de auténtica eficacia iniciática en lugar de ser, como hasta ahora, una asociación de índole únicamente social y benéfica. Por supuesto, el lugar y misión de la Masonería no pueden ser adecuadamente apreciados sin estar familiarizados con la Masonería Mistérica de la antigüedad, pues como escribió el poeta Patmore, profundo conocedor de los Misterios:

¡Solo a través del Camino Viejo
se descubre el Camino Nuevo,

Y únicamente desde las Antiguas Colinas
se divisa el paisaje!

Save by the Old Road none attain the new,
And from the Ancient Hills alone we catch the view!

Puesto que la Masonería tiene el propósito anteriormente comentado, si bien no es una religión, resulta adaptable y consistente con todas y cada una de ellas. Pero es capaz de ir más allá, pues la intención de una orden iniciática (como lo era de las órdenes monásticas de las antiguas iglesias) es proporcionar un nivel de instrucción superior y transmitir una Sabiduría más profunda que la enseñanza elemental que ofrece la religión popular y pública; y al mismo tiempo exige una disciplina personal más rigurosa e impone requisitos mucho más severos sobre la mente y la voluntad de sus adeptos. La enseñanza religiosa popular de cualquier sociedad, ya sea cristiana o no, considera a las masas incapaces de asimilar un alimento más fuerte y de adaptarse a una disciplina rigurosa; está acomodada al simple entendimiento del hombre de la calle, que camina a medio paso por el camino de la vida. La iniciación está reservada al experto, al resuelto atleta espiritual, capaz de afrontar los más profundos misterios del ser y dispuesto a alcanzar en cuanto sea posible las alturas a las que sabe que puede alzarle su propio espíritu una vez haya despertado. ¿Acaso no es debido el actual declive de interés en la religión popular y en el culto público —si no totalmente, sin duda en gran medida— no ya a la irreligiosidad, sino al hecho de que la religión convencional no satisface las necesidades espirituales y racionales de un público forzado y obligado por las exigencias de la vida moderna a insistir en una clara comprensión y un firme apoyo intelectual respecto a cualquier forma de

guía espiritual que se muestre dispuesto a aceptar? ¿Acaso no se debe el abandono de las iglesias por parte de tantas personas honestas y de mentalidad esencialmente devota, que abrazan otras formas de expresión religiosa, incluida la Masonería, a esa razón y al hecho de que las religiones, al tiempo que inculcan la fe, ofrecen esperanza y proclaman el amor, fracasan por completo en proporcionar lo que los Misterios del pasado siempre mostraron: una clara explicación filosófica de la vida y el universo (no pruebas, pues en lo concerniente a las verdades últimas son imposibles, pero sí un motivo intelectual para abandonar las cosas de los sentidos y dedicarse al espíritu)?

Nada más lejos de mi intención en estas páginas que exaltar la Masonería a costa de cualquier religión o credo existente, o sugerir una competencia entre instituciones que no son ni pueden ser antagónicas, sino muy al contrario, complementarias. Tan solo estoy constatando el mero hecho de que el favor popular ha cambiado, y seguirá cambiando, en dirección al mercado que mejor provea esas necesidades, y que actualmente muchos sienten que las iglesias fracasan en esa labor, o la llevan a cabo de forma insuficiente o inadecuada. La cada vez mayor inteligencia humana ha excedido, no la verdad religiosa, pero sí algunas presentaciones de esa verdad que bastaron en unas condiciones sociales menos exigentes que las de hoy en día, y pide más alimento espiritual. Puede ser útil recordar cómo la situación era contemplada no hace mucho por una mente privilegiada y racialmente distanciada de los credos y usos occidentales. Un maestro religioso hindú, un iniciado, que asistió al Congreso Mundial de Religiones de Chicago como representante de los védicos, realizó un itinerario de observación por América y Europa con la amable intención de comprender y asimilar sus organizaciones religiosas y métodos. Sus conclusiones pudieron resu-

mirse de la siguiente manera: «El ideal occidental es hacer (ser activo); el ideal oriental es sufrir (ser pasivo). La existencia perfecta sería una maravillosa armonía entre ambos. Las organizaciones religiosas occidentales (iglesias y sectas) conllevan grandes desventajas, pues siempre están alimentando nuevos males que son desconocidos en el oriente por su ausencia de organización. La condición perfecta consistiría en una verdadera mezcla de estos métodos opuestos. Para el alma occidental está bien nacer en el seno de una iglesia, pero resulta terrible para ella morir en una, pues en la religión debe haber crecimiento. El joven es reprendido si no asiste o no aprende de la Iglesia de su nación; pero el anciano debería ser igualmente censurado si asiste a ella, pues debería haber superado lo que las iglesias ofrecen y haber alcanzado un orden de entendimiento y de vida religiosa más elevado».

La misma conclusión fue expresada por un eminente y ardiente estudioso de las religiones de nuestro propio país: «la labor de la Iglesia en el mundo no es enseñar los misterios de la vida, sino conducir el alma a ese arduo grado de pureza en que Dios Mismo se convierte en su maestro. El trabajo de la Iglesia termina cuando el conocimiento de Dios comienza». En otras palabras, la ciencia de la Iniciación (en un sentido real, no meramente ceremonial) es precisa y comienza a ser aplicable solamente cuando la enseñanza espiritual elemental ha sido asimilada y se reclama un alimento más enriquecedor. El mismo autor, aun siendo un fiel miembro de la Iglesia Romana, afirma de forma franca y sincera que en todas las edades del mundo, el verdadero iniciado en los Misterios, sea cual sea su raza o religión natural, necesita siempre hallarse en un nivel de sabiduría espiritual superior al del no iniciado, ya sea cristiano o de cualquier otra fe.

Tales testimonios apuntan a lo que muchos otros sentirán como una necesidad: la existencia de una ayuda complementaria o suplementaria más allá de la religión popular, alguna Escuela de Alto Grado, en el mayor aislamiento y privacidad, en la que se puedan estudiar y poner en práctica enseñanzas concernientes a los secretos y misterios de nuestro ser que no pueden exhibirse *coram populo*. Tal ayuda es proporcionada invariablemente por una orden secreta y un sistema iniciático, y el que tenemos a mano es la Francmasonería. Está por ver si la Fraternidad Masónica, tanto por su propio interés como por el beneficio de la sociedad, será capaz de obtener provecho de la oportunidad que se encuentra en sus manos. Puesto que tal intención parece darse en la Orden hoy en día, ofrezco las páginas de este y de mi anterior libro para cooperar en la obtención de un fruto que no puede ser sino para el bien general.

Pero no permitamos que ninguno de nosotros, viendo cómo se le ofrece un sistema avanzado de instrucción espiritual, alimente jamás la idea de competir con ninguna otra comunidad, ni se permita el más mínimo pensamiento de desprecio o mofa hacia los que enseñen o aprendan en otras escuelas. La vida implica crecimiento. El bulbo de jacinto que se haya en la maceta ante mis ojos no permanecerá como un bulbo, cuya vida y tamaño quedan restringidos al nivel de la maceta que ocupan. Crecerá más de un pie de altura y entonces florecerá fragante, aunque sus raíces permanezcan en el suelo. De forma similar cada vida humana es como un bulbo plantado en algún tiesto, en alguna religión, en alguna iglesia. Si sigue verdaderamente la ley y los instintos reales de su naturaleza, crecerá muy por encima de la superficie de la maceta y finalmente florecerá en una conciencia que trascenderá todo lo que conocía en su estado de bulbo. Esa conciencia no será la del apren-

diz, la del estudiante o la del neófito en los Misterios, sino que será la del Iniciado perfecto.

Pero esa vida perfecta todavía estará enraizada en el suelo y, lejos de despreciarlo, se mostrará siempre agradecido a la maceta que hizo su crecimiento posible. Por ello la Masonería nunca despreciará las formas más sencillas o menos avanzadas de instrucción intelectual o espiritual. El masón, más aún que el resto de los hombres y en un sentido más profundo e intenso, obedecerá el antiguo mandamiento «Honrarás a tu padre y a tu madre». Sea cual sea la forma o el nombre bajo el que se presente la idea de Dios a él o a sus semejantes, él honrará al Padre Universal. Y en cualquier suelo de la Madre Tierra, o en cualquier división de la Madre Iglesia en que recibiese alimento durante su infancia, él honrará a esa Madre, de la misma forma que está obligado a honrar a su propia logia madre, encontrando en cada una de esas divisiones el reflejo temporal de otra Madre, progenitora sobrenatural descrita como *la Madre de Todos Nosotros*.

Debo añadir algo respecto a un punto en concreto. Un escritor con vocación didáctica y deseoso de ayudar a sus hermanos tanto como sea posible en la comprensión de la Masonería, se encuentra en un estado de verdadera ansiedad, buscando la manera de escribir de forma que combine simultáneamente el deber de propagar esa ayuda y, al mismo tiempo, observar su deber de silencio. En mi anterior volumen expliqué que, respecto a las inevitables salvaguardas, debe observarse el debido secretismo, lo que también sucede en el actual texto. Ningún profano encontrará en estas páginas ninguno de los secretos distintivos de la Orden. Ningún masón, creo, hallará en ellas deslealtad, ni apreciará en ellas otra cosa que no sea el más sincero deseo de promover en todo lo posible los intereses de la Fraternidad. Más aún, las co-

sas que me permito decir están exentas de secreto en lo referente a la Orden, pues le conciernen y pertenecen a ella en justicia y en buena ley; y puesto que sus miembros han demostrado en repetidas ocasiones ser dignos de tal confianza, me siento justificado para dirigirme a ellos de forma aún más intimista que antes. En lo concerniente a los profanos, en cuyas manos no se puede impedir que acabe un libro publicado, lo que he escrito consiste en cosas ya muy habladas en otros medios de expresión en estos días, donde todo el mundo parece estar consagrado a la búsqueda de una guía en el oscuro sendero de la vida humana; y permitidme decir aquí que he recibido muchas y muy cálidas valoraciones de mi anterior libro tanto por parte de profanos como de masones, y que ha granjeado a la Orden una simpatía y buena voluntad que no existían previamente. Sin duda habrá ojos tan estrictos que contemplen toda mención pública a la Masonería como un atrevimiento. Tampoco quisiera ofenderles voluntariamente; pero por facilitarles un argumento que posiblemente pudiesen emplear, pueden considerar que el único obsequio que puedo ofrecer a la Orden en agradecimiento por todo lo que me ha aportado resulta una conducta masónica menos meritoria que la virtud negativa de mantener un rígido silencio cuando hay tanto que puede ser útil si es comunicado y compartido.

Así me hare eco de un antiguo proverbio que proclama que *el que contempla el viento no siembra, y el que observa las nubes no siega*. Y aunque un vivo impulso de sembrar mi semilla me ha invadido durante la redacción de estas páginas, siempre se ha visto seguido del instinto de retener mi mano, aunque el primero ha prevalecido en mí. Y respecto a si la semilla cae en suelo masónico unas veces, y otras sobre otro terreno, ¿quién sabe si prosperará esta o aquella? Pero rezo porque ambas sean igual de buenas; pues, como continúa el mis-

mo antiguo adagio, «la verdadera Luz es dulce, y es precioso para los ojos contemplar el Sol»; y hoy en día hay persianas bajadas por todas partes que aguardan a ser subidas, para así permitir penetrar la luz del Sol, que no pertenece en exclusiva a ninguna comunidad, sino que es para todos los hombres por igual.

Habiéndome puesto así, espero, al orden a este respecto, y contemplando con ojos agradecidos el despertar de un nuevo orden de comprensión en la Fraternidad, permitidme proceder, en nombre de Aquel que es concebido bajo muchos nombres, a declarar la Logia abierta para el propósito de considerar la Masonería Simbólica en todos sus grados.

El nacimiento de Palas Atenea
Atalanta Fugiens, Michael Maier, 1617.